ARTES VISUALES ▸ Una semana en Maldonado

Carbonillas fatales

Después de muchos años de paredes alquiladas por señoras de *Utilísima* para exponer sus creaciones en las galerías de La Barra de Maldonado, es bueno reencontrarse con expresiones genuinas del dibujo y la pintura. Es el caso de la muestra de Javier Gil, *Los pretenciosos,* que se puede ver en ese amigable espacio expositivo llamado Grupo Taller Jones-Vicente, abierto desde hace diez años. No por casualidad detrás del quijotesco emprendimiento se encuentran dos artistas, Virginia Jones y Pina Vicente, nostálgicas de mejores tiempos vividos en lo que hace a la movida de exposiciones, premios y galerías en el este y en Uruguay.

Javier Gil expone ejemplares de dos series contemporáneas -de 2006- pero bien distintas. O tal vez no: a veces los artistas trabajan en más de una serie de aspecto disímil pero de igual sustancia expresiva. Por un lado, hay carbonillas y también ejercicios de lápiz de color, pastel y *drypen* sobre soporte de papel *craft* de buen gramaje.

Estos últimos conforman la serie de los retratos -*Los guerreros* o *Los pretenciosos*- que da nombre a la muestra. Se trata de una magistral clase de dibujo en color. Gil exhibe con humildad un desenfadado dominio de los medios gráficos: lápiz de color, pastel, grafito y marcadores de fibra. Sus retratos ostentan infrecuentes sutilezas de color con la dificultad agregada del soporte de valor bajo del papel *craft*.

Iconográficamente *Los pretenciosos* son una suerte de simbiosis de perfil de moneda romana, ilustración de fábula de Tolkien y silueta de reina de *La guerra de las galaxias*. En sus líneas de color se maridan hadas de ilustraciones de cuentos del norte de Europa y leyendas celtas con guerreros con yelmos coronados por felinos fieros o cabezas de águilas. A veces adoptan el aspecto de grabado de Durero por la apariencia que les da el lápiz sanguina iluminado con pastel. Sutiles doncellas protegidas en armaduras de cuero repujado y corazas de plumas también portan yelmos protectores de caparazones marinos o de membranas batracias con intimidantes espolones. Todo suavizado por enjambres de cabellos -de líneas- en peinados de alguna época.

Mención especial merece la otra serie de la muestra -para los íntimos, la serie *Ciudadana*- formada por carbonillas, sepias y sanguinas. Se trata de paisajes urbanos envueltos en una atmósfera opresiva, de inestabilidad digna del gabinete del doctor Caligari, que registran el desasosiego y agobio de la ciudad sobre sus habitantes. Son perspectivas de calles y esquinas familiares de las ciudades de Montevideo y Buenos Aires: Barrio Sur, Palermo, Retiro. Portales y bocas de metro fagocitan transeúntes, árboles, perros, autos y hasta los edificios de la vereda de enfrente en un torbellino que recuerda secuencias febriles de *Brazil*, de Terry Gilliam.

Los pretenciosos, de Javier Gil. En la Galería Grupo Taller Jones-Vicente (ruta 10, kilómetro 160,5, La Barra, Maldonado) hasta el 8 de abril.

Todo esto está resuelto con admirable excelencia de lenguaje. Gil exprime el medio arrancándole una increíble variedad de matices al negro inevitable de la carbonilla: a veces se hace verdosa, a veces azulada, por momentos rojiza, en mezclas con el lápiz sepia y el protagonismo del soporte. La misma exquisitez para el color que ostentan los pretenciosos se despliega ahora para el blanco y negro.

En uno de los dibujos se reconoce la silueta del ícono -la postal- de Montevideo, el Palacio Salvo, encandilada por el contraluz del poniente en la escollera, visto desde la acera del antiguo Bazar Mitre y, entrando en cuadro por la izquierda, en desplazamiento sinusoide, la silueta del Palacio Lapido.

La luz que entra por esas carbonillas nos encandila para succionarnos hacia el punto de fuga del paisaje en ese rito iniciático de seducción y rechazo que nos propone Javier Gil.

Armaduras de plumas, yelmos de *wrappings* textiles que remedan vísceras, entrañas urbanas que devoran y expelen, atracción y repulsión, protección y agresión, el candor y el morbo, la desproporción y la medida.

La convocatoria puntual que nos hace la galería con la exposición de Javier Gil se completa con un acervo permanente de bien seleccionados ejemplares de pintura, dibujo, fotografía y escultura que bien valen un paseo hasta La Barra. ■

Alicia Asconeguy

La dama del peñasco

Aspecto de pintura al fresco, reminiscencias de *Café Munich*, exquisitos grises coloreados, la pintura de Linda Kohen (Milán, 1924) recorre con naturalidad y sin soberbias vanguardistas justamente todos los presupuestos más caros a las vanguardias. La exposición que se puede ver por estos días en la Fundación Atchugarry reúne unas 200 pinturas recientes y otras obras de distintas series anteriores desde 1976. Es una retrospectiva vital, muestrario muy completo de una actividad prolífica, ininterrumpida y destacada.

A su llegada a Uruguay en 1940 Kohen fue alumna de Pierre Fossey y luego de Eduardo Vernazza, ambos dibujantes ilustradores cuya impronta mantiene. En Buenos Aires frecuentó el taller de un gran pintor, Horacio Butler. De vuelta en Montevideo, en 1940 ingresó al Taller Torres García, del que recuerda la disciplina severa: "Era un taller como de la Edad Media". Su pasaje por el TTG "fue una experiencia maravillosa [...] estuve en contacto con grandes artistas y respiré una atmósfera de creatividad, fuerza y veneración por el arte".

La muestra devora todas las salas de la Fundación. Asombra la gran capacidad de trabajo desplegada -la artista prepara otra exposición con obras nuevas para agosto- que transmite la sensación de estar siendo arrastrada por un torrente de laboriosidad y creatividad, que viene desde no se sabe dónde y cuándo ("no puedo recordar cuándo empecé a pintar").

El sigilo

La muestra exhibe importantes aciertos de montaje que realzan las pinturas: las puertas y los corredores pintados se mimetizan increíblemente con los de la arquitectura real de los pabellones de la Fundación. El verde del jardín con sus esculturas y sus gallinas decorativas es casi el mismo que usa Kohen en sus cuadros y, de esa manera, penetra los lienzos para hacerlos aparecer perforados -en ventanas, en puertas- haciendo que el espacio y los volúmenes respiren acompasados. Los textos que acompañan la exposición nos orientan al cuento de HG Wells *The door in the wall*, que narra una circunstancia de atracción hacia una puerta abierta en un muro. Ése es el espíritu que recorre la exhibición.

El gran biombo es la vedette de la muestra: suerte de muralla china y *curtain wall* de Christo, preside e invade la sala principal con elegancia pero con presencia y es primo hermano del *Laberinto* expuesto en 2011 en el Centro Cultural de España. Muy sentida resulta la serie *Mi madre*, apareciendo ésta como jugando a las escondidas entre los corredores de muchas puertas, a veces sin rostro, en momentos de relax o circulando entre los objetos domésticos -las camas, las sillas, las mesas- en un homenaje a sus 100 años.

Su paleta siempre es bien identificable. Su deambular en puntillas por sutiles grises coloreados se corta cada tanto con la irrupción brusca de algún color crudo: amarillos muy ácidos, verdes eléctricos, azules prohibidos.

Erotismo estoico

La pintura de Linda Kohen sobrevuela el misterio del gineceo con una inflexión no exenta de melancolía. Sin desplantes feministas ortodoxos, su obra respira un aire femenino cargado de erotismo estoico. Puertas entornadas, ventanas, *the door in the wall*, cuartos-cuartos, la cama, tratan de embalsar un glaciar en primavera.

Son destacables las series *Un día de un hombre* y *Un día de una mujer* colgadas enfrentadas en una salita menor, ciega, opresiva -todo un acierto de montaje- que acompaña los significados y que nos emiten un guiño cómplice por el doble discurso que encierran. En ellas se arma el juego cotidiano diario de un hombre y de una mujer -¿juntos?- al que la artista define como una "historieta"; colabora en ese sentido la organización de las pequeñas pinturas en la modalidad de viñetas de cómic.

La gran casona de San Carlos, *El peñasco*, en la que Kohen pasó inolvidables momentos familiares, tiene un rol protagónico en lo temático y en el color, dando un giro dramático al suave discurrir de su paleta serena proponiendo rojos pesados, cargados, inmersos en el verde del parque, casi pinturas abstractas que dan idea de lo sugestivo del lugar, la atalaya que ella preside.

Las testigos es una interesante pequeña instalación que completa la exposición conformada por un grupo -una legión- de cabezas de mujeres sobre una tarima hemicilíndrica. Estos bustos hechos en lienzo están ostensiblemente maquillados, con sus boquitas pintadas, algunas con la cabeza cubierta por triángulos a lo Madres de Plaza de Mayo, otras luciendo ricitos de oro o cofias y sombreros. Testigos, movilización de género, reclamo de madres.

Asimismo resulta muy tierno el recuerdo a Roberto de Espada, incluyendo en el catálogo el poema *El mundo de Linda Kohen* que el crítico le dedicara hace 30 años. Sobre el nombre de la muestra, *Tiempos,* la artista explica que se refiere a los vividos en la pintura y que se manifiestan paralelamente en nuestra vida. Esos tiempos, "si bien diferentes entre sí, están hermanados en el mismo sentimiento de amor a la vida y de angustia frente al gran misterio". Más allá del origen judeo-italiano de la artista, su obra exhala un sentimiento y estética minimalista -la misma que encontramos también por ejemplo en la producción del cine uruguayo- muy montevideanos. ■ AA

Tiempos, de Linda Kohen. En la Fundación Pablo Atchugarry (ruta 104 km 4,500, Manantiales, Maldonado) hasta el 8 de abril.